

TESTIMONIO

La última yagana

"Rosa Yagán", por Patricia Stambuk M.
Editorial Andrés Bello, Santiago, 1995.
111 pp.

"Todos me conocen como Rosa, porque así me bautizaron los misioneros ingleses. Pero me llamo Lakutata le kipa. Lakutata es el nombre de un pájaro y kipa quiere decir mujer. Cada yagán lleva el nombre del lugar donde nace y mi madre me trajo al mundo en Bahía Lakutata. Así es nuestra raza: somos nombrados según la tierra que nos recibe." Palabras de una mujer indígena fueguina, que no tiene edad, porque no sabe realmente cuándo nació, y que testimonia la voz de uno de los últimos eslabones aborígenes ancestrales que se extinguen.

Patricia Stambuk, una periodista magallánica, dio un día en una sala común del hospital de Punta Arenas con Rosa o Lakutata le kipa. Aquejada de una antigua dolencia pulmonar, la mujer yagana estaba sentada en una cama blanca, de fierro, y tenía un par de medias amarillas. Era tan dramáticamente distinta a los demás pacientes, cuenta la investigadora, que desde entonces la visitaría sus buenos meses, grabadora en mano, dispuesta a conversar con un personaje como sacado de una leyenda.

El resultado es *Rosa Yagán*, un libro que relata la vida y pasión de la protagonista. En ella misma, la mujer yagana, la que habla en primera persona, haciendo referencia a sus costumbres y tradiciones y a su especialísima manera de vivir en un mundo que, después de todo, no parece ni indígena ni primitivo, sino más bien una realidad étnica y ritual, rodeada siempre de una naturaleza geográfica singular y única.

Rosa Yagán parece vivir en una época lejana, en un estado de añoranza permanente, mostrando su crítica y su dolor por lo que ha perdido su raza: "Ahora los muchachos van al colegio, pero no trabajan ninguna cosa y ni siquiera saben picar y sembrar papas, lechugas, nabos o repollos, para cambiarlos por otros alimentos. ¡Éramos tan ricos y ahora somos tan pobres!"

De la canoa a la televisión

Esta última mujer yagana aprendió el alfabeto de sus antepasados, creció junto al mar salvaje de Tierra del Fuego y de la isla Navarino. Se alimentaba comiendo carne de ballena o bebiendo aceite de lobo. En la canoa de su padre — una canoa de tronco escarificado con hacha — se hacía a la mar dispuesta a cazar nutrias o asponcar

□ Rosa Yagán, protagonista de una raza fueguina que se extingue.

□ Entre las costumbres y las paradojas de una vida indígena en el fin del mundo.



Rosa Yagán, un mito viviente.

cachalotes ("y hasta hoy me gusta andar en chalupa de un lado para otro, porque así es la naturaleza de la raza"). La canoa era, sin duda, su vivienda diaria y un recorte marítimo territorial.

Resulta interesante, y muchas veces llama a perplejidad, lo minucioso en el detalle familiar y doméstico que a cada página se describe y, al mismo tiempo, la agilidad mental de una mujer que debe tener un siglo de años, sin perder memoria ni gracia. Puede ser también un acierto de la periodista, que ha sabido utilizar y recrear estas directas conversaciones con su entrevistada. Testimonios que rescatan un material antropológico y etnológico de primera mano.

Entre su ingenuidad y su sabiduría, Rosa Yagán deja de manifiesto su orgullo de raza, aunque se lamentará que el alcohol o la prostitución hayan contribuido a extinguirla. Males de un contacto foráneo que hasta difundió la leyenda negra de que se alimentaban de carne humana. "Los

extranjeros llegan a tomar fotos a Ulkika, para decir después: *indio yagana, comen gente y andan en canoa*, aunque ni un yagán sepa hacer una canoa desde hace muchos años".

Ritos y tradiciones yaganas se revelan una vez más en sus costumbres y ceremonias que Rosa Yagán vivió por personal experiencia: el rito de iniciación a la pubertad, el hábito de pintarse la cara con barro de color para el matrimonio (mientras el hombre que pedía a la novia llevaba leña a la puerta de la casa) o de pintarse con rayos negros y blancos para indicar el duelo en caso de muerte de un familiar. Todo eso es ya historia de un pasado que científicos e inves-

tigadores (Martín Guirade, entre ellos) han recogido en numerosos documentos, pero que tiene ahora en esta mujer un alcance directo y conmovedor.

Sin embargo, hay en ella — yagana transculturada — sus curiosidades y paradojas: sin abandonar su lengua natal, sabe saludar, pedir el té o dar las gracias en idioma inglés, aprendido en sus relaciones con los primeros misioneros y estancieros llegados a aquellos lugares. Tampoco conocía la radio, "pero cuando los marinos hicieron Puerto Williams, ahí supimos cómo era". Puede tanto describir una canoa como comentar un programa de televisión, e incluso mencionar el cometa Halley, que vio con su madre en 1910. Y todavía más, cuando a Rosa Yagán le preguntan si es yagana pura, ella quisiera contestarles: "No, señor, yo llegué de Norteamérica".

Esta misma mujer es ya un mito yagán viviente y una raza que, aunque se extingue, testimonia una vida en el fin del mundo.

Jaime Quezada ■

AUTORÍA

Quezada, Jaime, 1942-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La última yagana [artículo] Jaime Quezada. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile